

Unos cuantos buenos cuentos

Unos cuantos tigres azules

GUSTAVO ARANGO

Ediciones Pluma de Mompox S.
A., Cartagena, 2011, 110 págs.

UNOS CUANTOS tigres azules es el título de una compilación de cuentos de Gustavo Arango, quien también es periodista y autor de libros de cuentos (*Bajas pasiones*, 1990; *Su última palabra fue silencio*, 1993; *El origen del mundo*, 2010, entre otros), reportajes, crónicas y ensayos. Además es profesor de literatura en los Estados Unidos. Extrañamente, en el libro que aquí reseño no hay datos biográficos del autor (fecha y ciudad de nacimiento) y no he logrado hallar otros libros suyos en Medellín, ni Internet me satisface la curiosidad y la necesidad para este escrito.

El libro se compone de diecisiete relatos casi siempre muy cortos, que oscilan entre la realidad y el sueño, sin descontar su vocación de juego verbal en el cual el lenguaje va de la paradoja a la ironía, hasta la crítica. Todos elementos que, sin duda, el autor cultiva como características estéticas, digámoslo así, en las cuales muestra sus intenciones de innovar en el género, de experimentar con el lenguaje y con la composición misma de los relatos. A veces acierta, digamos, y a veces es del todo intrascendente. En general, diría, esa es una búsqueda “en el filo de la navaja”, dado todo lo acumulado hasta el momento en ese campo. Después de Monterroso, Cortázar, Cabrera Infante y Beckett, por ejemplo, hay que venir-se con algo del otro mundo. Si no, todo puede salir muy regular, como creo que le sale aquí al cuentista.

El comienzo, de hecho, no es halagüeño con “El adiós del enano” [pág. 15], en el cual el autor parece decirnos de entrada que lo de él no es el trascendentalismo y sí el humor, la sorpresa. Un enano que se emplea en un circo y todo termina en una especie de chiste, de humorada con ese personaje elevado por los aires impulsado por los cuernos de un toro, y sus palabras finales (“Dios mío”) al caer, que eran mantenidas en suspenso y que son el cuento y son, como digo, más un chiste, pero sin gracia. Puede decirse que el libro no

avanza en unas historias que, además de mostrar invención o imaginación, demuestren dominio del género, una escritura sólida, convincente, plástica. En los cuentos sucesivos: “El intruso” [pág. 17] y “Escapar” [pág. 21] ve uno que el autor quiere, algo tiene, pero no puede todavía comprarse al lector, hacer que quiera seguir detrás de nuevas historias. Llega “La historia de Bill” y, bueno, algo mejoró. Ya ese personaje, al final, deja un suspenso muy interesante, abierto: se muere o sigue en su estado de decaimiento casi total. “Antes de que el sueño lo arrastrara pensó que morirse podría ser mucho más fácil de lo que había pensado”, es la última frase del libro. Es una buena frase del final de un relato que tampoco era claramente definido en su trama ni sus personajes.

En “No importa” [pág. 25] hay también un relato en el cual, aunque muy pocas cosas pasan —apenas la descripción (ambigua) de un interior y dos personajes borrosos, indefinidos que, al final, tampoco definen nada—, deja un mejor sabor de boca. La mujer se va y el hombre se queda, pero no sabemos (el narrador nos deja la duda de verdad) si también él se va y para dónde. A ella tampoco le importa. Así configura el autor un cuento que no es un gran cuento, pero al menos no nos entenderemos con ninguna obviedad ni con ninguna intención de gran humor. (Es un buen asomo de Beckett, digamos, ya que el autor mencionó al irlandés en alguna parte).

Pero en “Desuellacabras” [pág. 45] el libro vuelve a sus andadas. Un peluquero hablador y delirante (su abuelo fue muy rico, decía y decía) y un visitante vago con quien discute todo el tiempo son “la sal del cuento”. Pobre argumento que solo pretende, al final (de nuevo), ser irónico.

En “Quinto sueño” [pág. 47] tampoco ocurre nada, pero sí hay aquí un diálogo que se enfila hacia una incógnita, un tercer personaje hipotético que debe enterarse de algo que, al fin, concuerdan en que, mejor, se lo insinúan para que él colija el resto, ¿de qué? Tampoco importa, aunque el final vuelve a ser un poco el ¡plop! de ciertos muy malos chistes gráficos.

“Unos cuantos tigres azules” [pág. 51], el relato que da título al libro, es un texto de juegos de palabras, especie

de rompecabezas que, al fin de cuentas, no parece hilar una historia. O si la hila es tan recóndita (y tan inteligente, seguramente) que el lector (este lector) se pierde.

En “Exégesis” [pág. 53] el juego en torno al lenguaje se vuelve ya sí interesante y la intención, quizá, de contravenir el clásico sentido del relato es aceptado por el lector porque no encuentra mayores artificios y sí el reto de continuar un juego. Se trata de una especie de especulación narrativa sobre una frase: “Oh cuan pero si no también”, que le da pábulo al narrador (la noción de “narrador” aquí también sufre un quiebre, pues, en rigor, no hay ninguna narración, ninguna trama que sea desenvuelta como tradicionalmente ocurre, sino que ello se presenta en el puro plano de una especulación, un soliloquio, si se quiere) para entrar en una juguetona disquisición en la cual nada se define, aunque al lector eso no le importa, dado que el texto lo hace entrar en su “lógica”, y eso es lo que interesa:

Un texto que se ofrece ante los ojos cada día menos vano si logramos trascender la insensatez denotativa y observamos, por el rabillo del ojo, las grandiosas resonancias de ese viaje desde un mundo de dolor hasta las tierras celestiales de también, donde todo participa de la Gloria de aquellos dios que lo creó. [pág. 57]

Aunque el libro se demoró para llegar a un muy buen cuento, lo logra casi al final, en la página 59. “El libro de la vida” es un relato de veintitrés páginas, el más largo y también de lejos el mejor de todos. Un magnífico relato acerca de la intimidad de un personaje, Delgado, profesor y ante todo soñador de realidades. De la segunda persona,

Me han dicho que oyes voces que nadie ha pronunciado, que esas voces te insultan y a veces te aconsejan, que incluso un par de veces te hablaron amorosas. He sabido que al comienzo no prestaste atención a sus palabras. Ni siquiera notaste lo anómalo. Te volviste a mirar, en medio en la prisa, no viste quién pudiera haber hablado, ni siquiera tenías seguridad de que te hablaban

la narración pasa a la tercera,

Luego soñó con alguien que buscaba un libro suyo. Parecía difícil en-

RESEÑAS		CUENTO
contrar. Había formado parte de una edición limitada, escasamente difundida, y en él estaban las claves para interpretar su vida. Sintió la contradicción del que buscaba, pero pronto esa conexión se diluyó con otras cosas, otros sueños, otras nada. sin caer en incongruencias y, por el contrario, ofreciendo varios atentos puntos de vista en los cuales, siempre, el espíritu del personaje se revela perfectamente. Solitario, soñador, solidario, trágico, feliz. El final es excelente: su muerte, su caída. El comienzo, ambiguo, se refería ya a un hombre muerto, pero al cual el narrador trataba como si viviera. La sensación de todo el cuento es la de la bruma, la del sueño, la del abandono, pero vital, irónico y despectivo de los acomodos sin gracia. <i>Unos cuantos tigres azules</i> es, me parece, un libro de relatos irregular, de claros altibajos. Uno de aquellos libros que se terminan de leer por un compromiso como el de una reseña (esta reseña), o por un interés académico, tal vez (un análisis del cuento colombiano contemporáneo, cualquier asunto así). Uno de aquellos libros que contienen relatos realmente interesantes que el lector puede perderse porque “tira la toalla” antes de tiempo, antes de que llegue la tan anhelada joya. Luis Germán Sierra J.		